

EDITORIAL

La violencia

El uso deliberado de la fuerza física o del poder, o de ambos, ya sea como simple amenaza o en forma efectiva, en contra de uno mismo o en contra de otro o de otros, que cause o aumente la probabilidad de causar daños físicos, psicológicos y al crecimiento y desarrollo, así como privaciones, incluso del derecho a la vida, constituyen violencia según la definición de la Organización Mundial de la Salud (OMS).

De esta manera el concepto de salud como el estado de completo bienestar físico, mental, social, y también espiritual, permite incorporar la violencia en el problema de la salud personal, familiar y pública, como apropiadamente resolvió la Asamblea Mundial de la Salud (1996) al declarar que “La violencia es un problema de salud pública fundamental y creciente en todo el mundo”.

Es necesario contar con indicadores que reflejen el nivel de la violencia, la naturaleza o formas de la misma, la etiología y las respuestas o la falta de las mismas, estimar su alto costo en recursos y vidas, así como la analogía (semejanzas y diferencias) de ella entre las diferentes sociedades.

Se acepta que la tasa de homicidios, o sea el número de muertes por cada cien mil habitantes, es una buena medición del nivel de violencia en el ámbito local, nacional, regional y ahora global. Así el promedio mundial de esta tasa en los últimos 10 años es de 8.8 homicidios y 19.3 en Latinoamérica. No sabemos con precisión el nivel de violencia que ha habido en Honduras, sin embargo, la tendencia nacional de la tasa mencionada nos revela su crecimiento alarmante desde 34.4 en 1996; a 45.9 en el 2004; y 46.2 en el 2006; correspondiendo la peor situación al departamento de Copán con una tasa de homicidios de 72.7 en el 2006.

El estudio transversal publicado en este número de la Revista Médica Hondureña, sobre la población víctima de violencia en Honduras atendida en dos hospitales del Estado, nos revela el alto costo financiero directo de unos 155 millones de lempiras (\$ 8,157,894.73) anuales por la atención de las víctimas, y el alto costo indirecto de unos 6 millones anuales de lempiras (\$315,787.47) por el gasto impuesto a una economía familiar ya menguada y que agrava la pobreza. Carecemos de la información del costo en los otros 26 hospitales del país, para construir el indicador del costo en relación al Producto Interno Bruto (PIB), razón por la cual urge completar dicho estudio para usar este insumo en la planificación estratégica de la atención de las víctimas y para trabajar con más ahínco en la prevención de la violencia. La mencionada relación con el PIB nos da las cifras de Brasil (1.9%), México (1.3%), Perú (1.5%) y en El Salvador 13.4% (\$ 1,717 millones).

El principal factor condicionante de la violencia así estudiada es el alcoholismo, la drogadicción y la creciente portación legal o ilegal y uso de armas de fuego y las cortopunzantes. Según el Comisionado Nacional de los Derechos humanos (CONADEH) entre 1975 y 1994 (19 años) se vendieron en forma registrada 46,646 armas de fuego, mientras que de 1995 al 2002 (7 años) la venta aumentó en 10 mil. Esta cifra no incluye las armas que pasan de mano en mano como parte de su comercio ilegal, con la posibilidad de que son las armas más accesibles al crimen organizado.

Un tercio de las lesiones se producen en la casa, lo cual quiere decir que hablamos de violencia doméstica, en la cual la víctima es principalmente la mujer pero también son víctimas los que la producen y los que la ven,

razón por la cual se necesita de programas de reeducación y rehabilitación, antes de la simple punición de los autores que casi siempre los vuelve más violentos. La exposición a la violencia nos lleva al triste capítulo de la violencia que está en cada nota periodística, reportada en los medios de comunicación no como una página roja, sino en toda la edición empezando por la portada, o como la principal nota del espacio radial o televisivo. Lo cual nos vuelve cada día menos sensibles a la tragedia y de alguna manera aumenta la potencialidad de nuestra violencia, cuando aceptamos esos grados de agresividad y nos volvemos más agresivos, impulsivos, y antisociales.

El suicidio es otra forma de violencia en la cual la víctima es la misma persona.

Y no debemos olvidar que el autoritarismo, venga de donde venga, no necesita de ninguna arma para agredir a las víctimas, y debe ser, por tanto, objeto de una estrategia para la atención y solución del problema de la violencia.

De aquí llego a la conclusión de que la violencia es de alguna manera iatrogénica, producida o reproducida por los que aplican un remedio que es peor que la enfermedad, en lugar de considerar la violencia como parte de la pérdida salud social, que necesita del concurso de todos para su restauración.

Dr. Ramón Custodio López
Comisionado Nacional de los Derechos Humanos